

Eje 1 - Más lejos del inconsciente, más cerca de los cuerpos

Contribuciones para el debate

Escriben Anaëlle Lebovits-Quenehen y Viviana Mozzi

"No sé lo que quiero, pero lo quiero ya" decía una ya clásica canción de Sumo. Casi un himno juvenil que en la Argentina post-dictadura anunciaba el cambio de época que se gestaba entonces. Con los años, se ha visto que nuestra cultura ha sabido transformar en un derecho lo que parecía un capricho; transformación cuyos efectos recogemos día a día. El TEXTOaCUERPO de esta semana vuelve a ocuparse de ellos.*

Viviana Mozzi recorta en su texto la confluencia entre la urgencia del sujeto y el apuro del Otro en responder al padecimiento normativizándolo. Distingue de eso la respuesta del analista a la angustia como lo que puede producir una discontinuidad que introduzca un espacio entre la urgencia y la eternidad del tiempo neurótico.

Desde París, Anaëlle Lebovits-Quenehen nos envía su contribución al ENAPOL llevándonos a Japón, para revelar los efectos de aquella transformación en ese espacio particular. Tras la aparición de la vigencia de ciertas tradiciones, descubre el retraimiento libidinal y la apuesta a hacer existir la relación virtual como "males invisibles" que golpean al Japón; para dejarnos su impresión de que allí "uno está penetrado por el extraño sentimiento de acceder, en live, a un pasado milenario y de entrever algo de nuestro porvenir ¡Un retorno hacia el futuro, en suma!".

* Conjunto de rock argentino, 1982-1987. La canción es "Lo quiero ya" del LP After Chabon, 1987.

Japón: el retorno hacia el futuro*

Anaëlle Lebovits-Quenehen - ECF (París)



Primera

mirada

Lo que en una primera mirada salta a la vista en el Japón es que el Nombre del Padre parece existir como función. En el país del sol naciente, las mujeres se parecen a las mujeres (a la vez femeninas y elegantes, aunque estén muy a la moda o en kimono tradicional) y los hombres más frecuentemente a los hombres (con un pronunciado gusto por el uso del saco y la corbata). Escolares, colegiales y bachilleres llevan adorables uniformes (*blazer* con faldas plisadas para las muchachas, *blazer* y pantalones para los muchachos). La imagen de los cuerpos da así al *gaijin*, al extranjero, el sentimiento de un viaje en el tiempo –ese tiempo que los de menos de veinte años (y algunos otros) no pudieron conocer...

Esta repartición imaginaria de los sexos va hasta alojarse en el timbre de las voces: el de las mujeres es sorprendentemente agudo –evocando de buena gana la de Sylvia Bataille en *Une partie de campagne*– mientras que el de los hombres es, frecuentemente, más grave.

Agreguemos que de Kioto, la tradicional, a Tokio, la hipermoderna, aún se puede ver una cortesía y un pudor que desde hace mucho están olvidados en Francia –aunque estas dos virtudes nunca existieron aquí con tal intensidad. No se cruza ni mendigo ni "sin techo", no sorprende la menor disputa, los cafés y las estaciones son de una limpieza casi maníaca...

Entonces, en principio, todo parece presentarse como si en Japón la tradición no se hubiera conmovido por la modernidad. Y es tanto más sorprendente porque la modernidad que está allí es omnipresente. ¡Todo el mundo conoce a este respecto, al menos por reputación, los sorprendentes WC robotizados del archipiélago!

Aislados

Sin embargo, el Japón está golpeado por un mal invisible, del que el barrio de Tokio apodado "la ciudad eléctrica" (*Akihabara Denki Ga*) da una idea. Los jóvenes –hombres esencialmente y aquellos más bien desocupados– se reúnen entre ellos para jugar solos a los juegos de video y en las máquinas tragamonedas (las famosas *Pachinko*) que se les ofrecen en millares repartidas en los *megastores* de varios pisos. Un barrio de la capital está pues dedicado a los *geeks*, y son un buen número... Atrapados por las pantallas –verdaderos atrapa-miradas– e hipnotizados por el sonido lancinante de las máquinas, esos *otaku* ("apasionados" por mangas, animaciones o juegos de todos los géneros) dejan imaginar lo que es la vida de aquellos que han renunciado a la sociedad de los hombres, aquellos a los que se les llama aquí púdicamente los *hikikomori* (los aislados), y que viven tan reclusos en su habitación que nadie los ve, ni el turista que va de juerga ni incluso sus propios padres.

Ese fenómeno de retraimiento es tan común en Japón que parece haber alcanzado hasta a la princesa heredera Masako, quien hace mucho tiempo sufre de una severa "depresión" de la que no puede recuperarse. Si la familia imperial reinaba hasta ahora sin que ningún escándalo hubiera llegado nunca a herir su crédito ni a sacudir su autoridad (según la mirada de los japoneses en todo caso), las cosas han cambiado recientemente. En verdad, la princesa no es más que una pieza llevada (como María Antonieta a Versalles), pero una pieza llevada, elegida por el emperador Akihito para entrar en la familia y asegurarse la descendencia (en virtud de los matrimonios arreglados que continúan haciéndose en la alta sociedad nipona). Si la opinión no va hasta acusar al emperador de haber elegido mal a su nuera, la mayor parte de los japoneses (ya que es sobre todo a las mujeres a las que este asunto apasiona) no tienen piedad para con la

depresiva quien hasta ahora ¡no ha sido capaz de dar un delfín al país! Sin embargo, se está lejos aún de las travesuras de Lady Di y del príncipe Carlos, más lejos aún de las de DSK (Dominique Strauss-Kahn), pues la princesa peca allá más por exceso de privación que por el exceso de vida que caracteriza a veces a los poderosos y hace tanto barullo en Occidente.

En el país de Mishima, la vida es entonces tan suave y agradable para aquellos que están de paso así como les parece dolorosa a algunos autóctonos, más frecuentemente invisibles y, sin embargo, bien presentes. El goce Uno se fenomenaliza allí a cielo abierto por duplicado. Y si las salas de juego gigantes prosperan allí, los solteros célibes –y eso va sin duda a la par– están también allí en cantidad impresionante.

Avanzar

enmascarado

Según un estudio reciente del gobierno, el porcentaje de solteros, en efecto, ha aumentado en estos últimos años. El 60% entre ellos, además, han respondido que nunca tuvieron una noviecita, y el 45% declaran incluso haber abandonado definitivamente la idea de buscar una. Pero si la vida en pareja es difícil, la soledad no es menos pesada, sin embargo.

Esos a los que les falta afecto están, por ejemplo, invitados a frecuentar *bares para chatear*, especies de cafés en los cuales se puede beber una copa acariciando a uno o varios felinos, según el humor del momento. Es esa una manera de aislarse suavemente, por un momento al menos, de la comunidad de los hombres sin renunciar sin embargo, totalmente, a la de los vivos. Y si bien no existe bar de perros en Japón, apuntemos que no es raro encontrar perros japoneses vestidos de pies a cabeza (y a veces con gran estilo, convengámoslo), paseados incluso en los cochecitos. Entonces, hay allí entre los humanos y algunos animales una relación que se presta a confusión.

Otra extrañeza (en la mirada de una francesa totalmente relativa): un japonés, de alrededor de treinta años, lleva una máscara sanitaria. Se trata, dice voluntariamente, de protegerse de las alergias al polen que proliferan en la primavera. Se nota por otra parte un recrudescimiento del uso de esas máscaras desde la catástrofe de Fukushima. Los japoneses prestarían así una atención particular a su salud... Pero cada uno sabe que las máscaras tienen un efecto limitado sobre las radiaciones. En cuanto al polen, cuesta creer que los japoneses sean tan masivamente alérgicos. Parece más bien que esas máscaras tienen una función menos confesable que la de permitir a los que las usan respirar mejor –quien haya llevado esa máscara sabe hasta qué punto se respira mucho peor con ella. ¿No se puede más bien ver en ello otra expresión de ese fenómeno de "aislamiento" del que los japoneses sufren tan masivamente en este momento? Si la máscara no hace desaparecer totalmente la cara de la mirada del otro, digamos que disimula las tres cuartas partes, dejando emerger solo una mirada. Ahora bien, la cultura japonesa objeta precisamente mirar a los ojos. Dicho de otra manera, el llevar la máscara

asegura al que la lleva que su rostro no es visible. Extraño "aislamiento" éste. El objeto mirada ha ascendido manifiestamente tan bien al cenit social que son cada vez más numerosos los que lo hacen. El pudor japonés, que evocamos al abrir nuestra propuesta, ha crecido quizás tanto y tan bien que habría virado hacia la inhibición. Miro en todo caso las obras del artista Kimiko Yoshida (1) (que giran esencialmente alrededor de máscaras, en diferentes culturas y tradiciones a través de las épocas) con una mirada nueva y veo allí ahora una interpretación de ese fenómeno del que es difícil tomar su entera medida si no se lo tiene ante los ojos.

La relación virtual sí existe

El goce del Otro ha revestido así, podemos suponerlo, un carácter bastante invasor para que sea necesario, para algunos, sustraerse de éste más o menos radicalmente. Es en esta perspectiva donde emerge en Japón el fenómeno de las "pequeñas amigas virtuales", disponibles en numerosas aplicaciones iPhone. Sin cuerpo, sin deseo ni goce, ellas colman a sus *boyfriends* de palabras suaves y de declaraciones de amor. Y, por su lado, sus *boyfriends* pueden partir de viaje organizado con ellas... Salida entonces de las decepciones amorosas, las malditas sorpresas, la contingencia desafortunada (aunque potencialmente feliz). ¡La pequeña-compinche virtual no miente, no engaña, no es una loca (ni loca del todo, ni aunque lo sea de otra cosa)! Se conocían a los *Tamagotchi* (especie extraña de pequeños animales de compañía virtuales, que invadieron un tiempo los cursos de recreación franceses, antes de extinguirse bruscamente). Se conocían también los *Nintendogs*... ¿Pero los franceses morderán el anzuelo de las *girlfriends* virtuales?

¿Irán a ver a la cantante japonesa Hatsuné Miku, también virtual, cuyos discos y DVD son clasificados como número 1 en el *hit-parade* nipón? ¡Su voz es sintética y su cuerpo (necesario durante sus conciertos) está constituido de un holograma en 3D! Esta estrella –a la que Marc Jacobshimself acaba de diseñarle el nuevo guardarropa –dará efectivamente tres conciertos excepcionales en el teatro de Châtelet en noviembre próximo...

Ingeniosos ingenieros (del Instituto Público Japonés de Tecnologías Industriales Avanzadas) trabajan asiduamente para poner en pie la primera mujer robot (el "*gynoïde*" que responde al suave nombre de HRP-4C), en la esperanza, sin duda, de liberarse del goce femenino (a veces un poco invasor, es verdad) y de gozar primitiva y definitivamente solo, dándose completamente la ilusión de vivir en armonía con el Otro sexo. Es necesario decir que, a pesar de las apariencias, las japonesas, a las que se encuentra tan femeninas (y que lo son indiscutiblemente si se las juzga por su imagen) adoptan, parece, comportamientos cada vez más apropiados para mantener a esos señores a distancia.

Continuar leyendo en la página web: http://www.enapol.com/es/template.php?file=Textos/Japon-el-retorno-hacia-el-futuro_Anaelle-Lebovits-Quenehen.html

Traducción: Alicia Dellepiane

* Texto publicado en *Lacan Cotidiano* 320, el 16 de mayo de 2013.

1. Una de sus más bellas obras fue, recientemente, la tapa del número de la revista *La Cause du désir* "*Femme parmi les femmes*".

De la temporalidad del sujeto al tiempo del *parlêtre*

Viviana Mozzi - EOL (Buenos Aires)

El apuro en compensar lo que se ha desequilibrado, es una de las respuestas contemporáneas a la demanda subjetiva ante el



padecimiento, modo que ordena los cuerpos normativizándolos. Allí confluyen, la urgencia del sujeto con la del Otro, en tanto ambos aspiran a una compensación que calme la angustia desatada: el Otro respondiendo rápidamente, por ejemplo, con medicación, y el sujeto, con actos destinados a la inevitable repetición en su intento de enmudecer el síntoma.

La posición del analista y la función del tiempo serán modos de operar respecto de esta demanda que vela al *parlêtre* que introduce lo que sí aconteció: el singular encuentro de la lengua con el cuerpo.

Podríamos situar un pasaje de la urgencia del sujeto al tiempo del *parlêtre*, que incluye un elemento heterogéneo al tiempo continuo.

Se trata de producir una discontinuidad en la eternidad del tiempo neurótico. En este sentido, creo que se puede leer lo que Lacan dice acerca de que el analizante es aristotélico, silogiza y sueña (1), cree en el despertar e indica pensar que la línea del tiempo se prolonga al infinito –no cesa de no escribirse. Demorado en el fantasma, el ser queda atrapado en esa delgada línea evitando lo imposible, sin darle al presente el espesor necesario para el acto.

Curarse de la temporalidad del sujeto pensada en estos términos, abre al *parlêtre* que incluye el cuerpo y los ecos singulares que la contingencia del encuentro del cuerpo con la lengua tuvo en la vida de cada uno.

Del lado de la historia tenemos un tiempo no sólo cronológico sino considerado como el que uno vive en la continuidad de su existencia. Estarán allí: el retorno de lo reprimido, el sentido, las leyes, el inconsciente articulado como un saber, el síntoma. Pero será necesario su despliegue para ir bordeando lo forcluido que no espera nada de la palabra, lo sonoro sin sentido. Se trata de que, una vez despejadas las articulaciones simbólicas, reste lo que corresponde a lo fuera de tiempo que daría lugar a "saber" del modo en que uno se enredó.

La incidencia de la función del tiempo en la emergencia de la angustia abre la posibilidad del espacio para las formaciones del inconsciente y para el síntoma, la posibilidad para descongelar lo que quedó coagulado en el decir.

1. Lacan, J., "El sueño de Aristóteles", *Locura: clínica y suplencia*, EOLIA, DOR Ediciones, Madrid, p.16.

En la página web del VI ENAPOL: <http://www.enapol.com> podrán encontrar los Boletines anteriores: <http://www.enapol.com/es/template.php?file=Boletines.html>

Eixo 1 - Mais longe do inconsciente, mais perto dos corpos

Contribuições para o debate

Escrevem Anaëlle Lebovits-Quenehen e Viviana Mozzi

Não sei o que quero, mas quero já", dizia uma já clássica canção do Sumo. Quase um hino juvenil que, na Argentina pós-ditadura, anunciava a mudança de época que, então, era gestada. Com o passar dos anos, percebemos que nossa cultura soube transformar em um direito o que parecia um capricho; transformação cujos efeitos recolhemos dia-a-dia. O TEXTOaCORPO desta semana volta a ocupar-se deles.*

Viviana Mozzi recorta em seu texto a confluência entre a urgência do sujeito e a pressa do Outro em responder ao sofrimento, normativizando-o. Distingue disso a resposta do analista à angústia como o que pode produzir uma descontinuidade que introduza um espaço entre a urgência e a eternidade do tempo neurótico.

De Paris, Anaëlle Lebovits-Quenehen nos envia sua contribuição para o ENAPOL levando-nos ao Japão, para revelar os efeitos daquela transformação nesse espaço particular. Detrás da aparência da vigência de certas tradições, descobre a retração libidinal e a aposta em fazer existir a relação virtual como "males invisíveis" que atingem o Japão. Para nos deixar sua impressão de que ali "se é penetrado por um estranho sentimento de acessar, ao vivo, um passado milenar e entrever alguma coisa do nosso futuro. Uma volta para o futuro, em suma!".

* Conjunto de rock argentino, 1982-1987. A canção é "Lo quiero ya" do LP After Chabon, 1987.

Japão: de volta para o futuro*

Anaëlle Lebovits-Quenehen - ECF (París)



Primeiro

olhar

Num primeiro olhar, o que salta aos olhos no Japão, é que o Nome-do-Pai parece funcionar neste lugar. No país do sol nascente, as mulheres parecem ser mulheres (ao mesmo tempo femininas e elegantes, quer estejam na moda ou usando quimono tradicional) e os homens parecem homens (com um gosto pronunciado pelo terno e gravata). Escolares, colegiais e alunos do ensino médio usam adoráveis uniformes (blazer-saias plissadas para as meninas, blazer-calças para os meninos). A imagem dos corpos dá ao *gaijin*, ao estrangeiro, o sentimento de uma viagem no tempo –aquele tempo que os que têm menos de vinte (e alguns) anos, não podem conhecer...

Esta distribuição imaginária entre os sexos vai alojar-se até no timbre das vozes: o das mulheres é espantosamente agudo –evocando até o de Sylvia Bataille em *Une partie de campagne*– enquanto que o dos homens é, na maioria das vezes, grave.

Acrescentando que, da tradicional Kyoto à hipermoderna Tóquio, ainda se vê uma cortesia e um pudor há muito tempo esquecidos na França –se é que estas duas virtudes alguma vez existiram aqui com tal intensidade. Não se cruza com mendigos ou desabrigados, não se surpreende a menor disputa, os cafés e as estações são de uma limpeza quase maníaca...

Tudo parece apresentar-se, portanto, como se no Japão, a tradição não tivesse sido minimamente abalada pela modernidade. E o que mais nos captura é que a modernidade está onipresente –todo mundo sabe, pelo menos por sua reputação, a respeito dos incríveis WC (banheiros) robotizados do arquipélago!

Solitários

No entanto, o Japão é atacado por um mal invisível, do qual uma região de Tóquio chamada "cidade elétrica" (*Akihabara Denki Gai*) oferece uma visão geral. Jovens –essencialmente homens, principalmente descuidados– se agrupam para jogar sozinhos os vídeos games e caça-níqueis (as famosas *Pachinko*) que são oferecidas em milhares de máquinas distribuídas nas *megastores* com muitos andares. Um bairro da capital está, portanto, dedicado aos *geeks (nerds)*, e eles são em bom número... Capturados pelas telas –verdadeiras prisões do olhar– e hipnotizados pelo som lancinante das máquinas, esses *otaku* ("fãs" de mangás, de animações ou jogos de todos os gêneros) permitem imaginar como é a vida daqueles que renunciam à sociedade dos homens, aqueles pudicamente chamados *hikikomori* (os solitários) e que vivem tão reclusos em seus quartos que ninguém os vê, nem os turistas embriagados e nem mesmo seus próprios pais.

O fenômeno do retraimento está tão disseminado no Japão, que parece haver contaminado a princesa herdeira Masako, que há tempos sofre de severa "depressão" da qual se recupera com dificuldade. Se a família imperial reinou até aqui sem que jamais qualquer escândalo tenha violado o seu crédito, nem abalado sua autoridade (em todo caso, sob o olhar dos japoneses), recentemente as coisas mudaram. Certamente a princesa é apenas uma parente (como Maria Antonieta em Versailles), mas uma parente escolhida pelo imperador Akihito para entrar na família e assegurar-lhe a descendência (em virtude de os casamentos arranjados continuarem sendo lei na alta sociedade nipônica). Se a opinião não chega a ponto de acusar o imperador de haver escolhido mal sua bela garota, a maior parte dos japoneses (porque são sobretudo as mulheres que se apaixonam por esta história) não têm piedade para com a depressiva que até o momento não

foi capaz de dar um delfim ao país! Estamos ainda longe do comportamento disparatado de Lady Di e do príncipe Charles, mais longe ainda daquelas de DSK, porque a princesa japonesa peca mais por excesso de privação do que por excesso de vida, que às vezes caracteriza os poderosos e faz tanto alvoroço no ocidente.

No país de Mishima, a vida é, por conseguinte, doce e agradável para aqueles que estão de passagem, mas parece dolorosa para alguns autóctones, sobretudo para os invisíveis e, no entanto, presentes. O gozo Uno está exposto a céu aberto, dez vezes mais. E se as salas de jogos gigantes lá prosperam, os celibatários – e isso, sem dúvida, acontece junto – também são em quantidade impressionante.

Avançar

mascarado

Segundo um estudo recente do governo, a porcentagem de celibatários tem aumentado muito nos últimos anos. 60% dentre eles, além do mais, relata nunca ter tido namorada e 45% declara ter abandonado definitivamente a ideia de procurar uma. Mas se a vida de casal é difícil, a solidão é ainda bastante pesada.

Aqueles que não têm afeto são, por exemplo, convidados a frequentar bars à chat, espécie de cafés nos quais se pode beber uma taça acariciando um ou muitos felinos, de acordo com o humor do momento. Essa é uma maneira de retirar-se suavemente, num momento pelo menos, da comunidade dos homens sem, no entanto, renunciar totalmente àquela dos seres vivos. E se não há bar para cães no Japão, notamos que não é raro encontrar os cães japoneses vestidos da cabeça aos pés (e às vezes com certo estilo, convenhamos), e até mesmo passeando em carrinhos. Há, portanto, entre os humanos e alguns animais uma relação que se presta à confusão.

Outra esquisitice (ao olhar relativo de uma francesa): um japonês em trinta usa uma máscara, uma máscara sanitária. Trata-se, dizem, de boa vontade, de se proteger das alergias ao pólen que proliferam na primavera. Nota-se, por sinal, uma recrudescência do uso destas máscaras, desde a catástrofe de Fukushima. Os japoneses estariam, desse modo, particularmente atentos à sua saúde... Mas cada um sabe que as máscaras têm efeito limitado sobre as radiações. Quanto ao pólen, é difícil acreditar que os japoneses sejam tão maciçamente alérgicos a ele. Aposto, sobretudo, que essas máscaras têm outra função, menos inocente do que aquela que permitiria àqueles que a usam respirar melhor –principalmente porque, quem já usou tal máscara sabe a que ponto com elas respira-se muito mal. Não seria sobretudo possível ver nisso outra expressão desse fenômeno de "afastamento" do qual os japoneses padecem em massa, especialmente neste momento? Se a máscara não esconde totalmente o rosto do olhar do outro, digamos que ela dissimula três quartos, deixando emergir apenas o olhar. Ora, a cultura japonesa interdita precisamente olhar nos olhos. Falando de outro modo: usar a máscara assegura ao seu portador que o rosto não seja visível. Estranho "afastamento" esse. O objeto olhar está manifestamente tão voltado para o zênite social, que são numerosos aqueles que não mais o encaram. O pudor japonês que evocamos ao iniciar o artigo talvez tenha sido tão valorizado que teria sido transformado em inibição. Observo, em todo o caso, nas obras da artista Kimiko Yoshida (1) (que giram essencialmente em torno das máscaras em diferentes culturas e tradições através dos tempos) um novo olhar, que faz uma interpretação no presente, desse fenômeno do qual é difícil ter a medida correta, quando não se o tem sob os olhos.

A

relação

virtual

existe

O gozo do Outro tem-se revestido, nós podemos supor, de um caráter bastante invasivo para que se torne

necessário a alguns subtrair-se dele, mais ou menos radicalmente. É nesta perspectiva que emerge no Japão o fenômeno das amiguinhas virtuais, disponíveis em numerosos aplicativos iphone. Sem corpo, sem desejo nem gozo, elas embriagam seu *boyfriend* com palavras doces e declarações de amor. E, por seu lado, seus *boyfriends* podem sair em viagens organizadas com elas... Saída (*Exit*), portanto, das decepções amorosas, das más surpresas, da infeliz contingência (mas também, potencialmente feliz). A namoradinha virtual não mente, não engana, ela não é louca (nem louca de tudo, nem o que quer que seja, além do mais)! Conhecem-se os *Tamagotchi* (estranha espécie de animaizinhos virtuais, de companhia, que por algum tempo invadiram os cursos franceses de recreação antes de falecer bruscamente). Conhecem-se também os *Nintendogs*... Mas os franceses morderão a isca das virtual *girlfriends* (namoradas virtuais)?

E eles irão assistir à cantora japonesa Hatsuné Miku, ela também virtual, cujos discos e DVD estão classificados como número 1 no *hit-parade* nipônico? Sua voz é sintética e seu corpo (necessário em seus concertos) é constituído por um holograma em 3D! Esta estrela –para quem Marc Jacobs *himself* acaba de desenhar o novo guarda-roupa– fará, de fato, três concertos excepcionais no teatro Châtelet em novembro próximo...

Engenhosos engenheiros (do Instituto Público Japonês de Tecnologias Industriais Avançadas) trabalham assiduamente para criar a primeira mulher robô (a "gynoïde" (2) que responde pelo doce nome de HRP-4C), com o espírito, sem dúvida, de desembaraçar-se do gozo feminino (às vezes um pouco invasivo, é verdade) e gozar primitivamente e definitivamente sozinho, dando-se a total ilusão de viver em harmonia com o Outro sexo. É preciso dizer que, a despeito das aparências, as japonesas que encontramos tão femininas (e que o são incontestavelmente, a julgá-las pela imagem) adotam, ao que parece, comportamentos cada vez mais apropriados para manter esses senhores à distância.

Continuar a leitura no website: http://www.enapol.com/pt/template.php?file=Textos/Japon-el-retorno-hacia-el-futuro_Anaelle-Lebovits-Quenehen.html

Tradução: Maria Bernadette Soares de Sant'Ana Pitteri

* Texto publicado em *Lacan Cotidiano*, número 320, 16 de maio 2013.

1. Uma de suas mais belas obras foi recentemente a capa do número de *La Cause du désir* "Femme parmi les femmes (Mulher entre as mulheres)".
2. Palavra criada a partir de *guiné*, 'mulher' em grego [NT]

Da temporalidade do sujeito ao tempo do *falasser*

Viviana Mozzi - EOL (Buenos Aires)

A pressa em se compensar o que se desequilibrou é uma das respostas contemporâneas à demanda subjetiva ante o padecimento, modo que ordena os corpos normatizando-os. Ali conflui a urgência do sujeito com



a do Outro, na medida em que ambos aspiram uma compensação que acalme a angústia desencadeada: o Outro respondendo rapidamente, por exemplo, com medicação e o sujeito com atos destinados à inevitável repetição em sua tentativa de emudecer o sintoma.

A posição do analista e a função do tempo serão modos de operar em relação a essa demanda que vela ao *fallasser* o que introduz o que sim, aconteceu: o singular encontro da língua com o corpo.

Poderíamos situar uma passagem da urgência do sujeito ao tempo do *fallasser* que inclui um elemento heterogêneo ao tempo contínuo.

Trata-se de produzir uma descontinuidade na eternidade do tempo neurótico. Creio que se pode ler nesse sentido o que Lacan diz ao afirmar que o analisante é aristotélico, silogiza e sonha (1), crê no despertar e indica pensar que a linha do tempo se prolonga ao infinito – não cessa de não se escrever. Detido no fantasma, o ser fica tomado nessa estreita linha evitando o impossível sem dar ao presente a espessura necessária para o ato.

Curar-se da temporalidade do sujeito pensada nesses termos, abre ao *fallasser*, que inclui o corpo e os ecos singulares que a contingência do encontro do corpo com a língua teve na vida de cada um.

Do lado da história temos um tempo não somente cronológico, mas considerado como o que se vive na continuidade de sua existência. Estará aí o retorno do recalcado, o sentido, as leis, o inconsciente articulado como um saber, o sintoma. Mas será necessário seu desdobramento para ir bordejando o forcluído que não espera nada da palavra, o sonoro sem sentido. Trata-se de que, uma vez esclarecidas as articulações simbólicas, reste o que corresponde ao fora do tempo que daria lugar a "saber" sobre o modo em que se enredou.

A incidência da função do tempo na emergência da angústia abre a possibilidade do espaço para as formações do inconsciente e para o sintoma, possibilidade de descongelar o que ficou coagulado no dizer.

Tradução: Jorge Pimenta

1. Lacan, J., *O sonho de Aristóteles*, in *Loucura: clínica y suplência*, Eolia, Dor Ediciones, Madrid, p. 16.